

EDITORIAL

EL DOCTOR CLAUDIO VERICEL Y LA MEDICINA VETERINARIA EN COLOMBIA

La Medicina Veterinaria en Colombia se ha cubierto de luto con la sensible desaparición de su fundador y decano, doctor CLAUDIO VERICEL, ocurrida el día 15 de agosto del presente año.

El doctor Vericel no fue para nuestra profesión una simple unidad; fue su creador, su animador constante, quien la prestigió ante el Gobierno y ante los particulares, y consiguió para ella ese amor y veneración de todos los que tuvieron la fortuna de conocerlo y de requerir su ayuda y sus consejos para curar una enfermedad a sus animales, o para mitigarles el dolor a los condenados al sufrimiento durante el resto de su existencia.

Sentía el doctor Vericel un verdadero amor por los animales, una ternura, una atracción mística podríamos decir, y no tuvo otro in-

terés, ni otra preocupación que la de adquirir conocimientos y valiosas experiencias para calmar el dolor a los irracionales.

Era el doctor Vericel un hombre sin ambiciones de ninguna naturaleza, de exquisita sencillez, alejado de toda vanidad, sin pre-



El doctor Vericel en su clínica particular.

tensiones ni aspiraciones a la recompensa. Representaba el prototipo del hombre de ciencia a quien no le bastaban las horas del día para arrancarle secretos a la naturaleza, para interpretar los distintos fenómenos biológicos y sacar conclusiones prácticas en beneficio de sus pacientes, así como para pasar cuidadosamen-

te todas sus observaciones y conclusiones al papel. Los apuntes de este ilustre médico veterinario están inéditos en su totalidad y son obra maravillosa para quienes aman el estudio de las ciencias biológicas.

Bien merecidas las honrosas distinciones de que fue objeto durante su vida por parte del Gobierno Nacional al otorgarle la Cruz de Boyacá, de la Academia Nacional de Medicina que lo hizo Miembro Honorario de la Institución; del Gobierno francés, que lo distinguió con la Cruz de la Legión de Honor, la Medalla del Mérito Agrícola y la Cruz de las Palmas Académicas, y la Alcaldía de Bogotá con la Medalla del IV Centenario.

Después de haber coronado lucidamente sus estudios se fue a ejercer al pueblo de Terare (Francia), hasta el año de 1884 cuando la Escuela de Lyon lo recomendó a nuestro Cónsul en París, en esa época el sabio Triana, como el mejor alumno salido de la Escuela en los últimos tiempos, pues allí se había distinguido por su consagración al estudio en todos los campos médico veterinarios y con especialidad a la nascente ciencia de la Bacteriología, condiciones éstas muy valiosas en un profesional que debía venir a nuestro país en donde todo estaba por investigar en relación con la medicina veterinaria.

El Ministerio de Instrucción Pública, por insinuación del doctor Juan de Dios Carrasquilla, comisionó al doctor Triana, que desempeñaba en aquella época el Consulado de Colombia en Francia, para que contratara los servicios de un médico veterinario que debía venir a dictar en el Instituto Nacional de Agricultura, las clases de Zootecnia y Elementos de Patología e Higiene.

Fue así como nuestro Cónsul escogió al doctor Vericel para que viniera a Colombia a crear una profesión, hasta entonces completamente desconocida entre nosotros.

Debe, pues, la Medicina Veterinaria y la ganadería del país a los inolvidables sabios Carrasqui-

lla y Triana, el invaluable servicio de haber traído a nuestra patria a ese gran maestro que abrió nuevos horizontes a una juventud que hoy se siente orgullosa de pertenecer a esta profesión, tan noble como interesante para el desarrollo económico del país.

El doctor Vericel llegó a Bogotá el 12 de junio de 1884 y meses después estalló la guerra, circunstancia que le impidió iniciar sus labores en el Instituto Nacional de Agricultura que dirigía el doctor Juan de Dios Carrasquilla. En vista de la situación que se había creado quiso el doctor Vericel regresar a Francia, pero el doctor Carrasquilla le manifestó su deseo de que continuara en el país y al efecto le propuso que se perfeccionara en el conocimiento del castellano, para que luego dictara algunas clases de Patología y Zootecnia.

Efectivamente así lo hizo y en el año de 1886 fundó en la llamada quinta de "Ninguna Parte", de don Alfredo Valenzuela, calle 4ª, nuestra primera Escuela de Medicina Veterinaria.

Esta Institución duró bajo la Dirección del doctor Vericel hasta el año de 1899, época en que estalló la nueva guerra civil y por este motivo se vio precisado a clausurarla.

Durante su funcionamiento recibieron instrucción médico veterinaria los señores: Marcelino Andrade, Ifigenio Flórez, Moisés Echeverría, Ismael Gómez Herrán, Epifanio Forero, Amadeo Rodríguez, Jeremías Riveros, Federico Lleras Acosta, Delfín Licht, Juan de la Cruz Herrera (panameño), Ignacio Flórez L. y un señor Gutiérrez, cuyo nombre se nos escapa.

De los discípulos del doctor Vericel hubo algunos que se distinguieron muchísimo y varios llegaron a ser hombres notables en todo el país.

El doctor Ifigenio Flórez realizó una benéfica labor para la Medicina Veterinaria; escribió un libro titulado "Manual de Veterinaria" del que se han hecho varias ediciones y aún continúa siendo de actualidad. El doctor Ismael Gómez Herrán, uno de sus discípulos más queridos, a quien dejó encargado de la Clínica particular cuando el 12 de junio de 1912 se dirigió a Francia a visitar a su familia. El doctor Delfín Licht, que ha organizado varios servicios de veterinaria en diversos departamentos, y el nunca y bien ponderado sabio, doctor Federico Lleras Acosta, suficientemente conocido y admirado por todos los colombianos.

El discípulo predilecto del doctor Vericel fue Federico Lleras Acosta. Desde el comienzo de los estudios el maestro reconoció en su discípulo su talento, su carácter de investigador y su consagración, y lo encaminó por los estudios de la Bacteriología.

En su pequeño Laboratorio, alumbrado con lámpara de aceite y acompañado de Federico Lleras, iniciaron la cacería de los primeros microbios patógenos y después regaló a su aprovechado discípulo para que continuara las investigaciones microbiológicas, el primer microscopio venido al país.

Quiso mucho el doctor Vericel a su discípulo Lleras Acosta, y parece que la muerte de éste precipitó la suya.

La magnífica labor realizada por el doctor Vericel en favor de la ganadería del país perdurará eternamente.

Su clínica particular, que funcionó desde 1899, año de clausura de la Escuela, hasta 1936, era una hoguera que difundía conocimientos en bien de la industria ganadera y que vivió siempre encendida para quienes se acercaban hasta ella. Todos los ganaderos de la Sabana y cuantos venían a Bogotá lo conocieron y siempre obtenían algún provecho al visitarlo.

Sus discípulos consiguieron la fundación de la nueva Escuela de Medicina Veterinaria, hecho que tuvo lugar en el año de 1921. Así, su obra en beneficio de la industria pecuaria colombiana se prolongará a través de los años. Actualmente se construye en la Ciudad Universitaria un bello edificio que servirá de templo a la propagación de las ideas científicas del sabio desaparecido.

Por esto la Escuela de Medicina Veterinaria se complace en reconocer al doctor Claudio Vericel como su más autorizado maestro y para testimoniar ese recuerdo ha ordenado la colocación de su retrato en el aula máxima de la Facultad, para que su presencia continúe inspirando a todos los amantes de la medicina veterinaria y sigan las huellas que él marcó con su ciencia, su desinterés, su abnegación, su entusiasmo y su consagración.